



Señal del

Segun las Memorias de Cosnac, 1852.

Paul Guardet sc

MADAMA ENRIQUETA

DUQUESA DE ORLEANS (1)

Dos tomos escritos por un hombre del siglo de Luis XIV, de quien solia decir madama de Sévigné que *tenia mucho talento*, no pueden leerse con demasiada atencion. Al pronto agradan bastante poco estas *Memorias* de Cosnac y hasta parece que no corresponden sino imperfectamente á la reputacion del autor; pero poco á poco, á medida que uno va adelantando ó cuando se ha concluido su lectura, se echa de ver que han aumentado nuestros conocimientos acerca de muchos puntos y enriquecido nuestro juicio. Hoy me agradaria destacar de ellos la más bella é interesante figura, la de madama Enriqueta, á cuyo servicio tuvo el honor de consagrarse Cosnac por libre eleccion, así como la gloria de sufrir por ella. El retrato que hace de esta princesa no palidece ni aun al lado de los más grandes y embelesadores que conocemos: se lee con placer aun despues de la Oracion fúnebre de Bossuet, y añade cosas oportunas á lo que han dicho madama de La Fayette, Choisy y La Fare.

(1) Segun las *Memorias* de Cosnac, 1852.

Madama de La Fayette ha dado de madama Enriqueta la Historia más deleitable, y tal cual toda mujer delicada y nacida con corazon de princesa la puede desear. Es una relacion escrita á luego de una confidencia, y destinada á la misma narradora, la cual se sonríe al verse tan exacta y delicadamente pintada, y toma con dulce malicia en algunos pasajes la pluma para retocarla. Madama Enriqueta solia acostarse despues de la comida sobre almohadones; acercábase á madama de La Fayette « de tal modo que casi ponía su cabeza sobre sus rodillas », y en esta posicion familiar y encantadora la contaba los pormenores de su corazon, ó escuchaba la historia escrita segun su relato y se miraba en el espejo que su amiga la presentaba. Cuando en el dia se lee esta historia tan delicada, tan flúida, tan poco recargada y tan oportunamente contenida, es necesario que la imaginacion vuelva hácia atras para abarcar mejor toda su gracia y deleitarse con el encanto que produce. Reina en ella una especie de tenue pelusilla de los frutos en su primera flor que se borra con sólo tocarla. La jóven princesa de Inglaterra, educada en Francia durante las desgracias de su casa, fué destinada á casarse con Monsieur, hermano del rey, tan pronto como el jóven monarca realizó su enlace con la infanta de España y hácia la época en que Cárlos II acababa de ser restaurado en el trono de sus padres. Habiendo ido con la reina su madre á visitar en Lóndres á su real hermano durante los primeros tiempos de esta Restauracion, inflamó allí los corazones é hizo el ensayo de sus encantos; su edad, entónces, era cuando más de diez y siete años. « Tenía, dice Choisy, los ojos negros, vivos y llenos del fuego contagioso que los hombres no pueden observar fijamente sin sentir su efecto; tambien su mirada parecia poseida del deseo de los que la contemplaban. Jamas princesa alguna fué tan embelesadora... » Luego que regresó á Francia fué objeto de todos los miramientos imaginables, incluso los de Monsieur, quien « continuó, hasta su casamiento, tributándole homenajes á los cuales no les faltaba más que el amor; pero el milagro de inflamar el corazon de este príncipe no estaba reservado á ninguna mujer del mundo. »

Al lado de Monsieur, habia un jóven señor que por entónces era su favorito : era el conde de Guiche, el caballero más galan de la Corte, bien plantado, atrevido, altivo, con cierto aire arrogante que no desagradaba á las mujeres jóvenes y realiza á sus ojos el héroe de novela. El conde de Guiche lo era completo bajo todos conceptos. Aunque Monsieur no se hallase enamorado, tenía celos, lo cual no es nada raro. No supo tenerlos bastante pronto para el conde de Guiche, á quien introduciéndole en la intimidad de la princesa, hacía admirar encantos que por sí mismos se dejaban sentir bastante y eran irresistibles. Hubo en estos años (1661-1662) estaciones únicas de frescura y juventud, á las cuales se puede llamar propiamente la primavera del reinado de Luis XIV. Todo se abria á la alegría, á la galantería, á las ideas de gloria y amor, y tambien al ingenio que en todo tomaba parte : pues apénas se hubo casado madama Enriqueta y separádose de su madre que la guardaba á su lado, « se tuvo por un nuevo descubrimiento el ver que estaba dotada de un ingenio tan amable como todo lo demas. » Algun tiempo despues de su casamiento, madama Enriqueta vino á vivir en casa de Monsieur en las Tullerías; no dejó más tarde esta morada sino para trasladarse al Palacio Real, de modo que era verdaderamente una princesa parisiense. El mismo Monsieur á pesar de lo indolente que era, se picaba de hallarse bien en París. Cuando la Corte estaba en otra parte, le gustaba hacer pequeños viajes y estancias en la capital, y hasta habia en ello cierta malicia de su parte respecto del rey, pues se lisonjeaba de que estos viajes le desagradaban :

« Pero lo cierto es, nos dice Cosnac, que á él le proporcionaban » la alegría de tener una Corte particular, pues estaba embelesado » cuando veía en el Palacio Real gran concurso de sociedad brillante » que, segun él decia, venía por afecto á su persona, aunque en realidad más venía por Madama. Nada omitía sin embargo para halagar » á cada uno, y se notaba visiblemente que estaba más ó menos contento, segun fuera mayor ó menor la Corte que habia en su casa. » No obstante, como yo no veía que estos viajes produjesen el efecto

» que él debía desear, y juzgaba por el contrario, según él mismo me
 » decía, que al principio habían irritado á Su Majestad y que despues
 » se habia reido de ellos, jamas pude tener la complacencia de aplaudir
 » esta conducta, y le dije que no creía que fuera prudente dar peque-
 » ños disgustos á quien podía tan fácilmente causárselos grandes.
 » Pero Monsieur estaba tan satisfecho con poder, todas las noches
 » que pasaba en París, preguntar á diez ó doce personas en parti-
 » cular : *¿ No os parece que tengo hoy mucha gente?* » que era opo-
 » nerse á sus placeres el recordarle tales verdades; y sus placeres
 » triunfaban siempre en su espíritu aun de los asuntos más impor-
 » tantes. »

De suerte que este padre de la rama de los Orleans, y en general un padre tan débil y tan poco digno, tenía ya esa afición que han mostrado sus sucesores á tener su corte en el Palacio Real, á ser li- quisto en París y á hacer un poco de concurrencia al rey; por muy nulo que fuese, la vanidad de que estaba poseido se adelantaba y ad- vinaba la política.

Pero no quiero insistir en este bosquejo y este presagio que sería un anacronismo en lo que respecta á madama Enriqueta y al encanto enteramente ideal de los primeros tiempos de su casamiento (1661). Acababa de instalarse en las Tullerías y habia hecho la elección de sus damas y amigas, entre las cuales figura madama de La Fayette que nos las enumera : « Todas estas personas, dice la amable histo- riadora, pasaban las tardes en casa de Madama. Tenian el honor de seguirla al paseo; al volver de este, se cenaba en casa de Monsieur; despues de la cena, todos los hombres de la Corte acudian allí, y se pasaba la noche entre los placeres de la comedia, del juego y de la música; en fin, allí habia diversion con todo el agrado imaginable y sin ninguna mezcla de tristeza. » Al viaje de Fontainebleau que tuvo lugar poco tiempo despues, madama Enriqueta llevó la alegría y los placeres. El rey á quien precedentemente habia halagado poco la idea de casarse con ella, « conoció, al verla de más cerca, cuán injusto habia sido no encontrando que era la persona más bella del mundo. » Aquí

comienza la novela, ó mejor dicho, mil novelas á la vez. Madama Enriqueta llega á ser la reina del momento y este momento durará hasta su muerte; ella da el tono á toda esta jóven Corte y dispone cuanto concierne á las diversiones : « Todas estas tenian por objeto obsequiarla, pues parecia que el rey no se regocijaba en ellas sino cuando la veía contenta. Era á mediados del verano : la duquesa de Orleans iba á bañarse todos los dias; salia en carroza, á causa del calor, y volvía á caballo, seguida de todas las damas, galanamente vestidas, con mil plumas en la cabeza y acompañadas del rey y de la juventud de la Corte. Despues de cenar, se montaba en calesas y, al ruido de los violines, se iba á pasear una parte de la noche en derredor del canal. »

Madama de La Fayette que nos da así el cuadro de la novela, nos pone tambien en las manos algunos de los hilos que agitaban y mez- claban entre sí estos jóvenes corazones : al rey más conmovido de lo que debe estarlo un cuñado, y á la duquesa más sensible quizas de lo que es permitido á una cuñada; entre ambos á dos esa viva afición, precursora casi segura del amor; á La Vallière naciente que viene muy á punto para desviar el encanto; al conde de Guiche que hace al mismo tiempo cerca de la princesa una cosa parecida á la que ejecutaba La Vallière cerca del rey. Celos, sospechas, rivalidades, disfraces, confi- dentes que se hacen valer y que son traidores, es la historia eterna de todos los grupos jóvenes y enamorados, entregados á sí mismos en la ociosidad y bajo las umbrías; pero aquí se trata de jóvenes de real estirpe que brillan en la aurora del reinado más bello; la historia los señala, y la literatura, á falta de la poesía, ha consagrado su re- cuerdo; una pluma femenina los ha narrado en una lengua cortés, llena de negligencias decentes, y la mirada de la posteridad se vuelve hácia ellos con ahinco. Para que, en medio de estos lazos y estos peligros con que jugaba, no haya flaqueado madama Enriqueta, para que haya podido decir sinceramente á su esposo, en el artículo de la muerte : « Señor, jamas os he fallado », preciso es recordar, ora las dificultades de su situación tan observada, ora tambien su edad á la par que esa

especie de inocencia que acompaña á las imprudencias de la juventud. Para mí, todas esas grandes pasiones y todas esas semipasiones que no tienen resultado, tales como madama de La Fayette nos las muestra en su Historia, y tales cuales yo las creo, no tienen en efecto otra explicacion que esa primera juventud. Cuando el conde de Guiche fué desterrado en 1664, Madama, que tenía veinte años, ya se habia hecho más cauta : « La duquesa de Orleans, nos dice madama de La Fayette, no queria que se despidiera de ella, porque sabia que la observaban y porque no se hallaba ya en esa edad en que lo peligroso le parecia más agradable. » De modo que todas esas amables promesas, esas aventuras, esas recíprocas demostraciones de deseos é intrigas de corazon se refieren á su juventud anterior á los veinte años.

Estos amores y este destierro del conde de Guiche habian hecho ruido, y resultó de ello uno de esos libelos impresos en Holanda, á los cuales Bussy-Rabutin tiene el triste honor de haber dado el ejemplo con sus Historias amorosas. Informada á tiempo la duquesa, y temiendo el efecto que habia de producir este libelo en el ánimo del duque, su esposo, se dirigió á Cosnac para que previniera al príncipe y se anticipase á su descontento. Lo que sobre todo la desazonaba era la impresion del libelo (1666); Cosnac se encargó de detenerla. Comisionó á Holanda á un hombre inteligente, M. Patin, hijo de Guy-Patin, para que viera á todos los libreros que podian tener ejemplares en su poder. Este « desempeñó tan bien su cometido, dice Cosnac, que hizo prohibir por los Estados su impresion, recogió mil ochocientos ejemplares ya tirados y me los trajo á París; yo los puse, por orden de Monsieur, en manos de Merille (el primer ayuda de cámara). Este negocio me costó muchas fatigas y dinero; pero léjos de sentirlo me tuve por muy pagado con el placer que me manifestó la princesa. »

Este negocio estrechó más particularmente la amistad entre Cosnac y la duquesa de Orleans, y desde este momento se le vió siempre defendiendo sus intereses y sirviéndola. Tambien fué esta la ocasion en que con más celo procuró influir en el ánimo de Monsieur á fin de inducirle á que se hiciera un príncipe digno de estimacion y se colo-

cara á la altura de su nacimiento. Ya he dicho cómo se frustraron sus esfuerzos : el valimiento del caballero de Lorena, al terminar la campaña de 1667, los desbarató, y este indigno favorito que vió en él un enemigo natural, no perdonó medio para perderle y alejarle. Callaré las miserables intrigas con que tenía que luchar en esta época el alma tan elevada y delicada de la princesa. Cosnac completa aquí una laguna que se encuentra en la Historia de madama de La Fayette, y nos hace entrar en las miserias cuando la otra nos ha dado la novela. Esta adhesion á la princesa es ciertamente la parte más bella y honrosa de la vida de Cosnac. Despues que fué desterrado á su diócesis, la princesa no cesó de escribirle, de desear y solicitar su llamamiento; pero esta misma insistencia dañaba al objeto : « El rey, dice Cosnac, creyó que la princesa no podia conservar tan vivo y continuo deseo de mi vuelta, sin que hubiera entre nosotros grandes lazos y sin que yo le fuera muy necesario; y estos lazos, segun las ideas que le habian sugerido, le parecian una intriga ya formada, para cuya destruccion todo cuidado era poco. » No habia en ello ninguna intriga, sino que la princesa habia distinguido, entre las personas adictas al príncipe su marido, un hombre capaz, un ambicioso generoso y de mérito, y se lo habia adquirido y habia querido hacerle servir á la realizacion de sus propias miras, cada vez más sérias á medida que avanzaba en edad. En el malintencionado libelo, cuyos bultos habia enviado á buscar á Holanda Cosnac, habia una frase, entre otras, que no estaba tan mal arreglada : « Tiene, decia hablando de la princesa, cierto aire lánguido, y cuando habla á alguno, como es muy amable, parece que pide el corazon, por indiferente que sea la cosa que pueda decir. » Esta dulzura de la mirada de la princesa habia obrado en el alma bastante poco sensible de Cosnac, y sin que mediara una sombra de sentimiento galante, se habia dejado tomar el corazon por la que lo pedia tan dulce y soberanamente. Mientras él estaba en Valence, la princesa habia sido escogida por Luis XIV, que cada dia la apreciaba más y más, como mediadora cerca del rey Carlos II, á quien se trataba de separar de la alianza con la Holanda y conseguir ademas que se declarara católico. Sin embargo, este segundo

punto no lo anhelaba Luis XIV con tanto ahinco como el primero (4). Estaba tan adelantado el negocio, y hasta por el punto más delicado, la declaración de catolicidad, lo consideraba la princesa tan cerca de terminarse, que creyó poder dar aviso á Cosnac de un gran presente y de una gran sorpresa que le preparaba. Recibió, pues, una carta de la princesa, fechada en Saint-Cloud el 10 de junio de 1669, en que se le decía :

« En el dolor que debéis tener por las injusticias que os hacen, lo » habria mucho si vuestros amigos no pensarán en los consuelos que » pueden ayudaros á soportar vuestras desgracias. Madama de Saint- » Chaumont (aya de los hijos de Orleans) y yo hemos resuelto, para » conseguirlo, que recibáis un *capelo de cardenal*. Esta idea, estoy » cierta de ello, os parecerá visionaria por de pronto, al ver á aquellos » de quienes dependen estas clases de gracias tan distantes de ha- » cérosas; pero para aclararos este enigma, sabed que, entre una infi- » nidad de negocios que se tratan entre la Francia y la Inglaterra, » esta última los tendrá dentro de algun tiempo en Roma de tal conse- » cuencia y por los cuales habrá allí tanto gusto en obligar al rey mi » hermano, que estoy segura de que no le rehusarán nada, y yo he » tomado la delantera cerca de él á fin de que pidiera, sin decir para » quién, un capelo de cardenal, el cual me lo ha prometido, y será » para vos; conque podéis contar con él. »

Este capelo de cardenal que ella muestra así de improviso próximo á caer sobre un hombre que está en desgracia, causa un efecto singular, y aun despues de haber leído, queda uno convencido todavía de que habia en el fondo algo de vision y de fantasía, tal como las mujeres que más talento tienen suelen mezclar fácilmente á su política. Preciso es hacer á Cosnac la justicia de que no se dejó deslumbrar por esta perspectiva, y que vió sobre todo en esta idea lo mismo que nosotros vemos hoy, un alto testimonio de la estimación de la princesa :

(4) Todos los detalles de esta negociacion y del papel que representó en ella la princesa, se pueden leer en el tomo III de las *Negociaciones relativas á la Sucesion de España*, publicadas por M. Mignet.

« Por muy ambicioso que se me haya creído en el mundo, puedo decir con sinceridad que lo que más me lisonjeaba en esta carta era ver aumentada la amistad de la princesa. Á decir verdad, este único honor fué el que mayor efecto causó en mí. » En estos términos de amistad y de estrecha correspondencia se hallaba él con la noble princesa; acababa de recibir de ella toda clase de nuevos testimonios de interes y afecto sobre su desagradable ocurrencia de París, á principios de 1670. Durante el viaje de Douvres, adonde habia ido á ver al rey su hermano y á excitarle á firmar el tratado con Luis XIV (1º de junio), se habia acordado *del pobre señor de Valence*. Á la vuelta del viaje, cuatro dias ántes de su muerte, el 26 de junio, le escribia aun :

« No me sorprende la alegría que me demostráis tener por mi » viaje á Inglaterra; ha sido muy agradable para mí, y por persua- » dida que estuviera de la amistad del rey mi hermano, aun la he » encontrado mayor de lo que esperaba; así es que he hallado en todas » las cosas que dependian de él todo el agrado que podia apetecer. El » rey mismo, á mi regreso, me ha demostrado mucha bondad; pero » *por lo que toca á Monsieur, nada es comparable con su encarniza- » miento por encontrar medio de quejarse*. Me hizo el honor de » decirme que soy todopoderosa, y que puedo lo que quiero; que por » consiguiente, *si no hago volver al caballero* (el caballero de Lorena, » desterrado entónces por orden del rey), no me cuido de agradarle, y » *en seguida añade amenazas para el tiempo venidero*. Le he hecho » presente cuán poco dependia de mí esta vuelta y cuán poco hacia » lo que queria puesto que estabais donde estáis. En vez de ver la » verdad y calmarse con eso, ha tomado ese pretexto para haceros daño » cerca del rey y tratar tambien de perjudicarme. »

Esta carta contiene aun la expresion de un dolor muy sensible para una madre. Cosnac habia escrito una esquela á la hija de la princesa, que entónces tenia ocho años y á quien habia cobrado cariño por haberla visto en casa de madama de Saint-Chaumont, su aya. Esta esquela que habia sido entregada bastante misteriosamente, habia causado mal efecto, y la princesa le decia sobre eso :

« Os he reprendido varias veces por la ternura que tenéis á mi hija : en nombre de Dios, deshaceos de ella. Es una criatura incapaz de sentir acerca de eso lo que debe, y enseñada al presente á aborrecerme. Contentaos con querer á las personas que os están por ello tan reconocidas como yo y que se duelen tan vivamente como lo hago por no verse en posicion de sacaros del estado en que os encontráis. »

Tres dias despues de escrita esta carta, el 29 de junio, á cosa de las cinco de la tarde, hallándose la princesa en Saint-Cloud, pidió un vaso de agua de achicoria helada, lo tomó y, nueve ó diez horas despues, á las dos y média de la mañana del 30, espiró sufriendo todos los dolores del cólico más agudo. Tenemos los pormenores de sus menores acciones y de sus palabras en el intervalo. En este súbito ataque en que la muerte la arrebató como por asalto, conservó toda su serenidad, pensó en las cosas esenciales, en Dios, en su alma, en su esposo, en el rey, en los suyos, en sus amigos, y dirigió á todos palabras sencillas, verdaderas, de una medida embelesadora y, si se puede decir, de decencia suprema. En el primer momento se hizo venir á un doctor llamado Feuillet, canónigo de Saint-Cloud y gran rigorista : este doctor no tuvo el menor miramiento con la princesa; casi la habló con dureza; escuchemos su propia relacion : « Á las once de la noche me hizo llamar á toda prisa. Habiendo llegado junto á su cama, mandó que saliera todo el mundo y me dijo : « Ya veis, señor Feuillet, el estado á que me hallo reducida. » — « Á muy buen estado, señora, la respondí : ahora confesaréis que hay un Dios á quien habéis conocido muy poco durante vuestra vida. » La dijo que todas sus confesiones anteriores no contaban, que toda su vida no habia sido más que un continuo pecado; luego la ayudó, cuanto el tiempo podia permitírsele, á hacer una confesion general durante la cual manifestó grandes sentimientos de piedad. Un capuchino, su confesor ordinario, estaba con M. Feuillet cerca de su cama; este buen religioso queria hablarla y se confundia entre palabras. La princesa miró á madama de La Fayette que estaba presente con una mezcla de piedad y de

sufrimiento, y volviéndose luego hácia el capuchino : « Dejad hablar á M. Feuillet, Padre mio, le dijo con admirable dulzura (como si temiera disgustarle); vos hablaréis á vuestra vez. » Sin embargo, este doctor Feuillet la decia en alta voz ásperas palabras : « Humillaos, señora; mirad toda esa grandeza engañosa anonadada bajo la pesada mano de Dios. No sois más que una miserable pecadora, un frágil vaso de tierra que va á caer y que se quebrará en cien pedazos, sin que quede rastro de toda esa grandeza. » — « Verdad es, oh Dios mio! » exclamaba ella, aceptándolo todo con sumision de boca de este sacerdote de mérito, pero rudo, y mezclando á ello en cambio lo que era inalterable en ella, algo de afable y dulce. Á toda prisa habian ido á Paris á llamar á M. de Condom, Bossuet. El primer mensajero no lo encontró en su casa; luego se enviaron otros dos más. Ya estaba con las ansias de la muerte y habia tomado la última pócima cuando llegó. Aquí la Relacion del severo doctor Feuillet cambia de tono y se conmueve notablemente : « Tan contenta se puso ella al verle, dice, como él afligido de encontrarla en tal extremo. *Hincóse de rodillas é hizo una oracion que me encantó; mezclaba actos de fe, confianza y amor.* »

¡Plegaria de Bossuet prosternado ante el lecho mortuario de la princesa, expansion natural y súbita de este gran corazon enternecido, tú fuiste el tesoro secreto de donde él sacó en seguida las patéticas grandezas de su Oracion fúnebre, y lo que el mundo admira no es más que un eco recordado de esos acentos que brotaron entónces á la vez y se perdieron en el seno de Dios con gemido y plenitud!

Cuando Bossuet acababa de hablar ó miéntras hablaba todavía, la primera camarera de la princesa se acercó á ella para darla una cosa que necesitaba; aprovechando la ocasion, la princesa le dijo en inglés, á fin de que Bossuet no lo oyera, conservando así hasta la muerte toda la delicadeza de su proceder y la finura de su espíritu : « Dad á M. de Condom, luego que yo haya muerto, la esmeralda que habia mandado hacer para él. » — Esto es lo que recordó Bossuet aun en la Oracion fúnebre : « Este arte de dar afablemente que tan bien

habia practicado durante su vida, la ha seguido, yo lo sé, hasta entre los brazos de la muerte. »

¿Fué envenenada la princesa? En el dia se conviene en que no, y parece cosa decidida el decir que murió del cólera-morbo. La autopsia oficial, exigida en parte por la politica, pareció hacerlo constar y se insistió mucho sobre las lesiones profundas de constitucion que encubria esta envoltura graciosa. El sentimiento ó más bien la sensacion inmediata de la princesa, fué que se hallaba envenenada. Lo dijo delante de Monsieur, pidiendo que se examinara el agua que habia bebido : « Yo estaba entre la cama y la pared cerca de Monsieur, dice madama de La Fayette, y aunque le creyese muy incapaz de semejante crimen, un asombro, en la malignidad humana ordinario, me hizo observarle con atencion. No le impresionó ni turbó la opinion de la princesa ; dijo que era menester dar de aquella agua á un perro, y opinó, como la princesa, que fueran á buscar aceite y contraveneno para disuadir á la princesa de tan enojosa idea. » Tales son los términos moderados y circunspectos con que madama de La Fayette justifica á Monsieur. La carta escrita á Cosnac el 26 de junio nos ha mostrado á Monsieur más *encarnizado* que nunca contra la princesa y haciéndola *amenazas para el porvenir*. Otra carta escrita la víspera del viaje de Inglaterra, el 28 de abril de 1670, expresaba los temores de la princesa y sus tristes presagios en términos muy enérgicos y precisos : « Monsieur continúa muy exasperado contra mí, y debo esperar muchas pesadumbres á mi vuelta de este viaje... Monsieur quiere que haga volver al caballero, ó *tratarme de lo contrario como á la más despreciable de las criaturas*. » Nótese que muerta ella, el caballero volvió á presentarse casi en seguida en la corte. Pero no se ve que Cosnac haya sacado de estas cartas dirigidas á él ninguna induccion precisa, ni que las haya interpretado en mal sentido ; tampoco expresa por su parte sospecha alguna.

Lo único que deja estallar es su dolor, y aquí pido se me permita citar íntegra una página que hace honor al que la escribió y que com-

pleta bien el concierto de oraciones fúnebres de que fué objeto la princesa :

« No intentaré, dice, expresar el estado en que me encontré (al saber la noticia de esta muerte). Puesto que ha habido personas que han muerto de dolor, vergüenza me da haber podido sobrevivir á mio. Cuantas horribles reflexiones pueden inspirar el respeto, la estimacion, el roconocimiento, la ambicion y el interes, cruzaron mil veces por mi mente. Mi temperamento resistió á ello, y ni siquiera me puse enfermo ; pero mi vida se volvió tan triste y lánguida que apenas valia más que la muerte. Por lo que toca á la pérdida de mi fortuna, no la sentí demasiado ; jamas habia podido persuadirme fueran fundadas las esperanzas que se me daban, aunque á juzgar por todas las apariencias su éxito pareciera indudable ; pero perder á tan grande, tan perfecta y tan buena princesa, una princesa que podia reparar el daño que mi caída me habia causado ; no, si hubiera tenido yo el corazon verdaderamente delicado y sensible, eso debia haberme costado la vida. Para justificar mi adhesion á esa princesa y consuelo mio, preciso es que dé una ligera idea de sus virtudes. » (Y aquí comienza el retrato en forma, segun el gusto del tiempo :)

« La princesa tenia el entendimiento sólido y sutil, un buen sentido conecedor de las cosas delicadas, el alma grande y justa, ilustrada acerca de todo lo que convenia hacer, pero que no lo hacia á veces, ya por pereza natural, ya por cierta altivez de alma que se resentia de su origen y la hacia mirar un deber como una bajeza. Mezclaba en toda su conversacion una dulzura que no se encontraba en todas las demas personas reales : no es esto porque tuviera ménos majestad, sino porque sabia usar de ella de una manera más fácil y afectuosa, de forma que, con tantas cualidades todas divinas, no dejaba de ser la más humana del mundo. Habriase dicho que se apropiaba los corazones en lugar de dejarlos en comun, y esto es lo que fácilmente ha dado lugar á creer que tenia mucho gusto en agradar á todo el mundo y en atraerse toda clase de personas.

» Por lo que toca á las facciones de su rostro, no se ven otras

» tan perfectas; tenía los ojos vivos sin ser duros, la boca admirable.
 » la nariz perfecta, ¡cosa rara! pues la naturaleza, al contrario de
 » arte, hace bien casi todos los ojos y mal casi todas las narices. Su
 » tez era blanca y tersa sobre todo encarecimiento, su talle mediano,
 » pero delgado (1). Habriase dicho que como su alma, su espíritu
 » animaba todo su cuerpo; lo tenía hasta en los piés y bailaba mejor
 » que mujer alguna en el mundo.

» Por lo que hace á ese *no sé qué* tan repetido, dado con frecuen-
 » cia gratuitamente á tantas personas indignas, ese *no sé qué* que
 » descendia desde luego hasta el fondo de los corazones, los delicados
 » convenian en que en los otros era copia y solamente original en la
 » princesa. En fin, cualquiera que la veia de cerca quedaba conforme
 » en que nada habia más perfecto que ella.

» Nada más tengo que decir de esta princesa, sino que hubiera
 » sido la gloria y el honor de su siglo, y que su siglo la hubiera
 » adorado, si hubiera sido digno de ella.

» Con esta princesa perdí el deseo y la esperanza de mi vuelta,
 » y plenamente disgustado del mundo, me consagré de lleno á mi
 » ministerio. »

La época de la muerte de la princesa fué un acontecimiento para muchos. Cuenta La Fare que ese dia trajo de Saint-Cloud á M. de Treville, uno de los amigos particulares de la princesa, uno de aquellos cuya inteligencia perspicaz, algo sutil y extremadamente adornada, más apreciaba ella: « Treville, á quien traje ese dia de Saint-Cloud y le hice acostarse conmigo, para no dejarle entregado á su dolor, se separó del mundo y tomó el partido de la devoción que no ha abandonado despues. » Madama de La Fayette misma, desde que perdió á la princesa se retiró de la Corte y vivió con M. de La Rochefoucauld en esa vida más particular que ya no dejó.

Muerta á los veintiseis años, despues de haber sido por espacio de

(1) La Fare es ménos favorable en lo que respecta al talle, y hasta dice una palabra desagradable que yo no repetiré.

nueve el centro del recreo y de los placeres, esta princesa señala el más bello ó cuando ménos el más gracioso momento de la Corte de Luis XIV. En esta Corte hubo despues más esplendor y grandeza imponente quizas, pero también ménos distincion y primor. La princesa amaba el ingenio, lo distinguia en sí mismo, lo iba á buscar, lo despertaba en los poetas ancianos, como Corneille, lo favorecia y alentaba en los jóvenes, como Racine; habia llorado en *Andrómaca*, al escuchar la primera lectura que el jóven autor hizo en su presencia. « Perdonadme, señora, decia Racine á la cabeza de su tragedia, que me atreva á jactarme de este feliz comienzo de su destino. » En todas las Cortes que habian precedido poco tiempo á la de la princesa, en Chantilly, en el Hôtel Rambouillet y al rededor de ellas, habia una mezcla de gusto ya rancio y que iba á ser anticuado; con esta princesa comienza propiamente el gusto moderno de Luis XIV y ella contribuye á fijarlo en toda su pureza.

La duquesa de Orleans reclama naturalmente la comparacion con esa otra amable princesa de los últimos años de Luis XIV, con la duquesa de Borgoña; pero sin pretender sacrificar la una á la otra, hagamos notar solamente algunas diferencias. La duquesa de Borgoña, discipula querida de madama de Maintenon, á quien afligia algunas veces con sus desobediencias, pertenecia ya á esa generacion de jóvenes desmesuradamente aficionadas al deleite, al juego y por momentos á la mesa; era en fin muy propia para ser la madre de Luis XV. La duquesa de Orleans que, de haber nacido en tiempo de la duquesa de Borgoña, quizas habria tenido aficion á todas esas cosas, preferia las del entendimiento; la solidez y la sensatez se mezclaban insensiblemente á sus gracias, y siempre la acompañaban la decencia y la cortesía. Luis XIV, uniéndose á ella con una amistad tan verdadera y que habia superado al amor, parecia haber querido dedicarse á regular este buen natural y á darle algunas de sus propias cualidades: « en poco tiempo hizo de ella una de las personas más perfectas del mundo. » En los pocos dias que pasó en Saint-Cloud, á su regreso de Inglaterra y ya en visperas de su muerte, nos la muestra La Fare gozando de la

belleza de la estacion y de la conversacion de sus amigos, « como M. de Turenne, el duque de La Rochefoucauld, madama de La Fayette, Treville y otros varios. » Se me figura que no es ese el círculo que la duquesa de Borgoña, más juguetona, hubiera escogido y agrupado en derredor suyo.

Las cartas que la princesa escribió á Cosnac y que se publican por primera vez, son cortas y amistosas, bastante bien concebidas, pero sin nada de notable : es evidente que no tenía esa imaginacion que se extiende á lo léjos; pertenecía al número de esos espíritus ligeros y sagrados que es menester columbrar y adorar en su origen. La literatura no tiene que hacer aquí otra cosa que consignar los testimonios de los contemporáneos y entresacarlos metódicamente de las páginas de otro tiempo.